

# A CIEN AÑOS DE “HISTORIA DEL MOVIMIENTO PSICOANALÍTICO”: LA CONTROVERSA FREUD-JUNG DESDE LA HISTORIA CRÍTICA DE LA PSICOLOGÍA<sup>1</sup>

A HUNDRED YEARS OF “HISTORY OF THE PSYCHOANALYTIC MOVEMENT” FREUD -JUNG CONTROVERSY CRITICISM FROM HISTORY OF PSYCHOLOGY

Catriel Fierro

*Universidad Nacional de la Plata, Argentina*

Correspondencia: catriel.fierro@gmail.com

Recibido: 23-05-2014

Aceptado: 20-08-2014

## Resumen

En ocasión del centenario de la publicación original de “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, se aborda la controversia entre Sigmund Freud y Carl Gustav Jung desde el marco historiográfico crítico en psicología. A partir de la utilización de fuentes epistolares y de la incorporación de literatura revisionista, se analiza el contexto institucional y político que motivó la redacción del texto, específicamente a la luz de las apreciaciones personales y profesionales que Freud y su Comité realizaron en torno a la obra de Jung. Se describen los intercambios entre Freud y sus seguidores en lo que refieren a la persona de Jung, a su obra, y posteriormente a los motivos que llevaron a la redacción del texto centenario.

**Palabras clave:** Controversia Freud-Jung, historia del movimiento psicoanalítico, historia crítica del psicoanálisis, historia crítica de la psicología, tradiciones historiográficas.

## Abstract

On the occasion of the centenary of the original publication of “On the history of the psychoanalytic movement,” the dispute between Sigmund Freud and Carl Gustav Jung is approached from the critical historiography framework in psychology. Using epistolary sources and revisionist

---

1 Agradezco a William Woodward, a Horst Gundlach y a Frank Sulloway por la facilitación de bibliografía que en parte ha posibilitado el presente trabajo. Asimismo, agradezco las recomendaciones de la Prof. Cristina Di Doménico respecto de una versión previa. El contenido manifestado en el trabajo, sin embargo, es propio.

literature, the institutional and political context that led to the drafting of the text is analyzed, specifically in light of the personal and professional appraisals that Freud and its Committee conducted around the work of Jung. Exchanges between Freud and his followers about the person of Jung, his work, and the reasons that led to the writing of the centennial text are described.

**Keywords:** Freud-Jung controversy, history of the psychoanalytic movement, critical history of psychoanalysis, critical history of psychology, historiographical traditions.

Hacia 1980 veía la luz en Canadá un volumen colectivo que, en conmemoración del centenario de la fundación de un laboratorio psicofisiológico por obra de Wilhelm Wundt, devolvía a la discusión académica la obra de una de las figuras históricas más disputadas de la psicología (Bringmann & Tweney, 1980). En torno a la psicología wundtiana, múltiples autores de renombre talle contribuyeron a reavivar la obra (a menudo olvidada y regularmente distorsionada) del psicofisiólogo germano. Sin embargo, y para ciertos autores (Danziger, 1980; Woodward, 1980), el centenario de Wundt fue una demostración patente de los posibles usos legitimadores y celebratorios de la historia de la psicología, en el sentido de replicar de forma repetitiva, acrítica y sin una investigación historiográfica sustantiva ciertas ideas, motivos o mitos (Samelson, 1974) propios de la historia de la ciencia psicológica.

El centenario fue también ocasión, sin embargo, para el llamado a una historia crítica, rigurosa, metodológicamente consistente y atenta tanto a las rigurosidades de la tarea historiográfica como a los posibles usos inadecuados o reconstructivos de la historia disciplinar. Psicólogos de orientación histórica como Kurt Danziger (1979; 1980), Allan Buss (1979b), Laurel Furumoto (1989) y William Woodward (1980), entre otros, comenzaron alrededor de la década de 1970 a sistematizar el reclamo por una historiografía crítica, no legitimadora o celebratoria de los ‘grandes hombres’ en psicología y a la altura tanto de los requisitos científicos de la investigación histórica como de la investigación específicamente psicológica.

El presente trabajo se enmarca en la intención de dicho llamado a una historiografía crítica, sirviéndose también de una conmemoración centenaria. Se ha remarcado que las tradiciones historiográficas pueden ser (y a menudo han sido) tradiciones con fines pedagógicos o laudatorios que pretenden socializar a los iniciados en psicología (Ash, 1983). Es en este sentido que puede recocerse en la historiografía clásica del psicoanálisis un fuerte interés por legitimar a la figura de Sigmund Freud como un gran descubridor, aislado y resistido por sus contemporáneos (Klappenbach, 2006; Ben Plotkin, 2003; Sulloway, 1979). Este trabajo analiza la controversia que sucedió hacia finales de la primera década del siglo pasado entre el fundador oficial del psicoanálisis y su discípulo Carl Gustav Jung. A cien años de la publicación en 1914 de un texto vital en la legitimación y difusión del psicoanálisis como lo es *Contribución a la Historia del movimiento psicoanalítico* (Freud, 2006), se pretende arrojar luz sobre las dimensiones del conflicto que enfrentó a dos representantes específicos de la emergente doctrina psicoanalítica, y que constituyó la principal razón –como se argumenta en este trabajo– para la redacción y publicación del texto histórico de Freud. La relevancia del texto

nombrado (de aquí en adelante, *Historia*) para la posterior organización del psicoanálisis ha sido enfatizada (Sulloway, 1991; Klappenbach, 2006) puesto que se le identifica como el hito iniciador de la tradición historiográfica clásica en esta forma concreta de psicología dinámica.

Aunque para realizar dicho análisis es necesario abordar las dimensiones personales de la controversia Freud-Jung, el fin pretendido es contextualizarla en el marco más general de la construcción e institución social del psicoanálisis como teoría y práctica psicológica. Esto obedece a algunas de las tendencias más consolidadas y productivas que integran la historiografía contemporánea en psicología, en especial aquellas que refieren a la historia social y a la sociología de la psicología (Bem & Looren de Jong, 2006). La historia social permite explicar ciertas características del psicoanálisis en términos culturales, políticos e institucionales (Bakan, 1958; Weisz, 1975; Esterson, 2002). De forma complementaria, las controversias en historia de la ciencia han sido consideradas por algunas corrientes en sociología de la ciencia, especialmente por el Programa Empírico del Relativismo (Collins, 1981) como ejemplares claros de la irracionalidad que, junto con otros factores extracientíficos tales como los grupales, institucionales y sociales, conforman la dinámica científica. Este programa en sociología de la ciencia apunta a “mostrar la flexibilidad interpretativa de las decisiones científicas y técnicas, identificar los mecanismos sociales de cierre de esa flexibilidad y relacionarlos con un contexto social más amplio” (Fernández, 2009, pág. 692). Junto a este enfoque empírico, las controversias son analizadas a su vez por otros sociólogos (Shapin & Schaffer, 1985) en términos de negociaciones, estrategias retóricas y patrones de conducta social. La controversia Freud-Jung, que se desplegó entre 1911 y 1913 y alcanzó su punto más alto con la publicación (en 1914) de *Historia* constituye un ejemplar idóneo para incorporar las coordenadas de los análisis sociológicos y de los estudios sociales de la ciencia al marco historiográfico crítico en psicología, para aportar evidencia sobre el grado de influencia que factores extracientíficos y estructuras bifrontes –como los intereses intelectuales– ejercen sobre la producción de tradiciones psicológicas (Danziger, 1979; Buss, 1979).

Junto a la incorporación de los estudios sociológicos de orientación histórica, la controversia entre Freud y Jung es un acontecimiento concreto en la constelación de acciones que hacen a la construcción social del psicoanálisis (Sulloway, 1991): las estrategias retóricas y legitimadoras realizadas por Freud y el movimiento psicoanalítico con el objeto de instituir, perpetuar y controlar la práctica psicoanalítica, y donde la segregación y expulsión de los disidentes fue una cuestión central. Analizar esto en términos de estrategias y de retórica es especialmente válido para la temprana historia del movimiento psicoanalítico, puesto que según ciertos autores (Sulloway, 1979; 1982; Gruengard, 1998) existe una elaborada serie de mitos en torno a esta tradición psicológica. La idea de que Freud rompiera con Jung por el biologicismo de este último constituye según estos autores ejemplo de un mito iniciado por el propio Freud y sistematizado por la tradición historiográfica elaborada por Ernest Jones (Jones, 1956).

Los riesgos acerca de la explicación de tradiciones de pensamiento psicológico a partir de factores sociales y políticos han sido enumerados múltiples veces, quizá más lúcidamente por Mitchell Ash (1993). Con los fines de minimizar el recurso interpretativo o exegético que denuncia dicho autor –recurso cuyo exceso vulnera la credibilidad del relato histórico–, el presente trabajo se nutre de múltiples documentos epistolares publicados hasta la fecha e intercambiados por ciertas figuras

clave en el movimiento psicoanalítico, como así de otras fuentes primarias y de fuentes secundarias de orientación crítica. El recurso a las cartas, circulares y otros documentos epistolares ha sido utilizado previamente en historia crítica de la psicología (por ejemplo, en O’Donnell, 1979; Samelson, 1980; Sulloway, 1991). Estos documentos poseen un valor doble en tanto fuentes primarias y en tanto relatos de carácter autobiográfico, cuya utilidad para la historia de la psicología ya ha sido explicitada (Klappenbach & León, 2012). Sin embargo, este trabajo pretende trascender la descripción de anécdotas, confeccionando en su lugar una reconstrucción interpretativa, plausible y veraz, tal como destacan ciertos historiadores respecto a la confección de relatos históricos (Rosa, Huertas & Blanco, 1998). Lo mismo puede decirse acerca las fuentes y documentos secundarios utilizados, cuyo espíritu crítico a la manera de Danziger (1984) no pretende venerar grandes figuras sino estimular la discusión científica y maximizar la veracidad de los relatos históricos.

La historia crítica del psicoanálisis es una tarea iniciada en el plano internacional hacia fines de la década de 1970 (Ellenberger, 1976; Stepansky, 1976; Sulloway, 1979; Weisz, 1975). Esta clase de historia es aquella que hace casi medio siglo reclamaba Robert Young (1966) al decir respecto de la historia del psicoanálisis contemporánea a él que “pocas están exentas de la tradición de la veneración y del encantamiento, o del vituperio” (Young, 1966, pág. 33). Young, entre otros, alude entre otras a la historiografía de Ernest Jones; historiografía de la cual se ha sostenido que “probablemente ha hecho más daño que bien, al perpetuar malentendidos hasta la actualidad” (Stepansky, 1976, pág. 219). Más allá de la obra historiográfica de Jones, este reclamo por una historia del psicoanálisis más crítica y veraz se intensificó en la década de 1980 cuando se dio a conocer, a partir de investigaciones de archivo, que ciertas publicaciones psicoanalíticas de interés histórico (como las cartas completas Freud-Fliess o el texto compilado en 1950 *Los Orígenes del Psicoanálisis*) habían sido censuradas o fuertemente modificadas por Anna Freud y su grupo de editores (Malcolm, 2004; Sulloway, 1982). Es ante el reconocimiento del “cultivo de una colección altamente funcional de mitos acerca de sus orígenes” (Sulloway, 1982, pág. 199) que se pretende un análisis crítico del contenido y lugar del ensayo a cuyo centenario asistimos.

El análisis epistolar de la controversia Freud-Jung a partir de las cartas sin editar, pretende finalmente evaluar la rigurosidad de al menos cierta parte del contenido de *Historia*, como así también evaluar la función que ocupó el texto de 1914 en la formalización e institucionalización de la tradición historiográfica del psicoanálisis.

### **Contextualización de Historia del Movimiento Psicoanalítico y caracterización de su importancia estratégica respecto del Comité Secreto**

Historia del movimiento psicoanalítico (Freud, 2006) fue publicado en el sexto volumen del *Jahrbuch der Psychoanalyse*, una de las revistas oficiales del psicoanálisis, fundada hacia 1909 por Freud, Jung y Bleuler ante el novedoso encuentro entre la escuela vienesa y la escuela suiza de psicoanálisis. El sexto volumen, específicamente, es el primero luego de la dimisión de Jung a su puesto de redactor y del cambio de nombre de la revista, la cual incorpora como jefes de redacción a Karl Abraham y a Ernst Hitschmann (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 571).

El objetivo político y las consecuencias institucionales de lo que Freud defiende en *Historia* parecen claras para el neurólogo vienes desde un primer momento. En su intercambio epistolar con

Sándor Ferenczi, Freud denomina reiteradas veces a dicho ensayo (en conjunto con *Introducción al Narcisismo*) como “la bomba del *Jahrbuch*” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001). El objeto de dicha bomba es, como reconocen ambos psicoanalistas, debilitar la posición de Jung como presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y moverlo a la renuncia. Freud admite, sin embargo, que es posible que el ataque “llegue tarde” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 260), puesto que reconoce el malestar que durante 1913 el psiquiatra suizo habría manifestado respecto de su permanencia en el movimiento y ante las continuas críticas. Efectivamente, el 20 de abril de 1914 (tres meses antes de la publicación proyectada de dichos textos), Jung dimite como presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

Los dos textos nombrados, que Freud produce específicamente para segregar y debilitar la posición de sus principales detractores (Jung y Adler), se articulan a su vez con “la salva en el *Zeitschrift*” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 260): denominación que dio Freud a la serie de intensas críticas y reseñas negativas acerca de la obra jungiana sobre la libido que, sistematizadas y orquestadas a partir de las recomendaciones de Freud, publicaron Ferenczi, Abraham y Jones entre 1913 y 1914 con los fines de desestabilizarlo y moverlo a la renuncia (Weisz, 1975). El *Zeitschrift* fue el órgano de difusión oficial de la I.P.A. desde 1913 y constituyó un puesto estratégico de comunicación y expansión del psicoanálisis.

Aunque Freud nunca menciona en su correspondencia con Jung la intención de escribir *Historia*, sí lo hace en la correspondencia con los demás miembros de su círculo. En efecto, la primera mención de la intención de escribir dicho texto tiene lugar en la correspondencia de Freud con Ferenczi. En su carta del 9 de noviembre de 1913 (y paralela al momento más intenso del enfrentamiento con Jung), Freud sostiene que, dado que el *Jahrbuch* ya ha sido ocupado totalmente por discípulos a su favor, “pienso escribir, además, una historia del Psicoanálisis con una crítica sincera a Adler y Jung” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 226). Dicha intención se reitera en su carta del 3 de enero de 1914, calificándola ahora como la “más bien subjetiva historia del movimiento psicoanalítico” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 237). Entre esta fecha y el 12 de enero podemos inferir que Freud comienza a escribirla, puesto que el 12 de enero comenta a Ferenczi, “estoy escribiendo como un poseso *La historia del movimiento psicoanalítico*” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 241). El mismo día Freud también escribe a Abraham, informándole sobre la existencia del ensayo y pidiéndole información específica sobre el grupo suizo de psicoanálisis (Abraham & Freud, 1965, pág. 215). El 1 de febrero de 1914, Freud sostiene ante Ferenczi que “no hago más que escribir, escribir sin parar y sin tener tiempo para ello” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 245). El 11 de febrero comenta a su discípulo: “trabajo asiduamente en la *Historia del movimiento psicoanalítico* y espero haber trabajado sobre Jung y haber terminado con eso para el domingo” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 1993, pág. 538. La traducción me pertenece.). Algo semejante dice días antes a Ernest Jones, el 8 de febrero: “Hoy he acabado con el primer granuja [Adler] y espero poder acabar con el otro [Jung] el próximo domingo” (Paskauskas, 2001, pág. 316). El día 15 de febrero de 1914 Freud comunica a Abraham que acaba de terminar el borrador, y que pretende enviarlo a Budapest para su publicación en el *Jahrbuch* (Abraham & Freud, 1965, pág. 218). La minuciosidad de las fechas aquí no es casual, puesto que demuestran en su conjunto el breve lapso temporal en que Freud comenzó y finalizó la redacción del ensayo.

Respecto de la versión final que fue publicada, podemos inferir por la correspondencia de Freud con Ferenczi y con Jones que le precedió una versión más cruenta y personal. Esta versión, en función de lo expuesto en este trabajo y en las cartas en que se fundamenta, probablemente fuera una crónica más fiel a los hechos e intercambios reales entre Freud y Jung que lo que luego fue la versión final de *Historia*. La primera versión fue enviada por Freud a sus seguidores e incorporó algunas pocas moderaciones realizadas por ellos. Por ejemplo, el manuscrito original, en la página 44, leía: “esa particularidad del carácter de Jung... su tendencia a apartar sin piedad a cualquiera que esté en su camino” (Paskauskas, 2001, pág. 339), fragmento que fue omitido en la publicación dado que, a instancias de Jones, Freud reconoció que el carácter extremadamente personal del ensayo vulneraría su veracidad (carta de Jones a Freud del 18 de mayo de 1914, en Paskauskas, 2001, pág. 338). Sin embargo y paradójicamente, en correspondencia con Freud el 25 de mayo de 1914 Jones avala la dureza de la tercer parte del ensayo (donde Freud ataca directamente a Adler y a Jung, más que en cualquier otra sección), considerándola con certeza “la última palabra sobre el asunto” (Paskauskas, 2001, pág. 340). Algo semejante sucede con Karl Abraham, quien en carta a Freud el 2 de abril de 1914 sugiere al primero que no califique directamente a Adler como paranoico, consideradas las consecuencias negativas que las implicaciones patológicas del término atraerían sobre el ensayo (Abraham & Freud, 1965, pág. 225).

El texto en su conjunto cobró relevancia, a su vez, dentro del círculo conocido como el “Comité Secreto”, integrado por Karl Abraham, Sándor Ferenczi, Ernest Jones, Otto Rank y Hans Sachs, quienes, como se dijo, sugirieron modificaciones pero en general acordaron con la postura de Freud. Aún más, el origen propio del Comité puede rastrearse hasta la época del conflicto entre analistas. Motivado precisamente por la evidente divergencia teórica de Jung y por su potencial conversión en un detractor serio, hacia julio de 1912 Jones propone al neurólogo vienés “la idea de constituir en torno a Freud un pequeño grupo de analistas de confianza, como una especie de ‘vieja guardia’” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 569). Como lo muestra un análisis de las diatribas institucionales a partir de las fuentes epistolares, la misma existencia del Comité puede imputarse a la controversia entre Freud y Jung, y no sólo a las tareas administrativas y propagandísticas, como argumenta retrospectivamente Ferenczi en la primera circular oficial (Wittenberger & Tögel, 2002, pág. 42). En efecto, es sólo luego de que Freud comunique a Jones en julio de 1912 que Jung parece haber renunciado a su amistad, que el propio Jones responde inmediatamente con la idea de formar un círculo íntimo de psicoanálisis.

Todos [Ferenczi, Rank y Jones] estuvimos de acuerdo en una cosa, que la salvación [del movimiento psicoanalítico] sólo podía estar en un autoanálisis sin tregua y llevado hasta el último de sus extremos, para eliminar las reacciones *personales* hasta donde fuera posible, [...] constituir un núcleo central no oficial de la Verein [Asociación] y servir como centros donde los demás (principiantes) pudieran acudir y aprender de la obra. (Paskauskas, 2001, pág. 196)

Freud responde inmediatamente que acepta esta idea y reconoce que habría concebido años atrás la idea de la formación de un círculo de presidentes de asociaciones psicoanalíticas en torno a una figura central, pero no alrededor de la suya propia sino, precisamente, en torno a Jung (Paskauskas, 2001, págs. 197-198). Es interesante notar, como hace el editor de la correspondencia de Freud y Jones, que en la biografía de Jones sobre el neurólogo vienés, la carta en que Freud reconoce que

hubiese deseado formar un comité en torno a Jung fue tendenciosamente editada, y las frases de Freud que muestran su valoración negativa del alejamiento del suizo, omitidas (Paskauskas, 2001, pág. 198; véase también Paskauskas, 1988). Este es un punto, entre otros, que resalta la necesidad de una apreciación crítica de la tradición historiográfica iniciada por Jones (Klappenbach, 2006).

Aunque surge de una propuesta de Jones, el Comité es organizado y diagramado por Freud inmediatamente, quien el 1 de agosto de 1912 en la respuesta a la propuesta de Jones establece el carácter secreto del comité, como así los integrantes a ser convocados y la función organizadora y perpetuadora del comité respecto del psicoanálisis (Paskauskas, 2001, págs. 197-198). Las primeras circulares no oficiales de este comité (Wittenberger & Tögel, 2002, págs. 31-37) –que por supuesto excluyó a Jung y de cuya existencia el psiquiatra suizo nunca tuvo aviso– muestran no sólo la tensión de los psicoanalistas (especialmente Jones y Ferenczi) ante las formulaciones independientes de los disidentes. Estas circulares denotan especialmente los esfuerzos editoriales, organizativos e institucionales de alejar a todo detractor (y en especial a Jung) del psicoanálisis, a partir de promover la disolución de la I.P.A. con el objeto de no permitir que el psiquiatra suizo permaneciese en un lugar de importancia estratégica y decisiva (Paskauskas, 1988; Wittenberger & Tögel, 2002, pág. 36). Dice Ferenczi en correspondencia a Jones el 2 de noviembre de 1913 (mientras que Jung se halla en Estados Unidos dando conferencias en calidad de representante del movimiento freudiano) que ante la propuesta de Freud de disolver la I.P.A., “nosotros lo *aprobamos* unánimemente” (Wittenberger & Tögel, 2002, pág. 31).

El conflicto hacia esta época se debe a que dos meses antes, en el IV Congreso Internacional de Psicoanálisis en Múnich en septiembre de 1913, Jung es reelecto como presidente de la I.P.A. con el apoyo de los tres quintos de los miembros de la asociación (otro error propio de la tradición historiográfica iniciada por Jones ha consistido en retratar erróneamente el resultado de esta votación, como remarcan McGuire y Sauerländer (2012, pág. 570). Es luego de la reelección de Jung –lo que representó el fracaso del Comité secreto de mover a la disolución de la I.P.A.– que comienzan a articularse y sistematizarse las propuestas para forzarlo a renunciar a su cargo. La instrumentalización de este intento se materializa en “la salva” y “la bomba” de los órganos de difusión psicoanalíticos, ambas medidas descriptas anteriormente.

En una circular que envía a todo el comité en marzo de 1914, Karl Abraham identifica la importancia estratégica de las críticas a Jung publicadas en los organismos de difusión psicoanalíticos y –lo que es más importante para el presente trabajo– sostiene que “en el *Jahrbuch* va a publicarse el minucioso ajuste de cuentas de Freud con Jung” (Wittenberger & Tögel, 2002, pág. 33). Dicho ajuste de cuentas es, por supuesto, *Historia* y, en menor medida, *Introducción al Narcisismo*. Al respecto de estas obras dice Freud el 13 de mayo de 1913 a Ferenczi que “la recepción tendrá un impacto correspondiente; causará un auténtico escándalo, salvo entre mis partidarios más fieles. Llegará a tiempo para la disputa con Zúrich, y nos dividirá como el ácido disgrega a la sal” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 190).

Este efecto divisor, sin embargo y a diferencia de la sal, no es la consecuencia natural de hechos impersonales, sino que es efecto intencional de aquello que Freud expone en el texto centenario. El contenido de *Historia*, cuya síntesis excede este trabajo, representa por lo antes expuesto un claro intento de separar a Jung (y a Adler) del movimiento psicoanalítico y, a su vez, de ubicar al

psicoanálisis en un lugar inatacable. En este último sentido, Freud reitera y refuerza en *Historia* la idea de que ha debido enfrentarse a grandes penurias por su defensa de la causa psicoanalítica, y que reconoce que la resistencia al psicoanálisis se debe al destino ineludible que tiene este movimiento de despertar en los hombres la repulsa afectiva más intensa –lo que vuelve cada protesta u objeción ante el psicoanálisis un elemento confirmatorio de sus propuestas teóricas- (Ben Plotkin, 2003). Dentro de esta repulsa, Freud incluye explícitamente en *Historia* las disidencias de Jung y de Adler, que aparecen más como discípulos opositores por tendencias subjetivas o sentimientos negativos que como disidentes científicos isonómicos, una particularidad ya notada por Klappenbach (2006), Sulloway (1991) y Gruengard (1998). Esta idea sería reiterada por Freud años más tarde en su breve ensayo de 1925 “Las resistencias contra el psicoanálisis” (Freud, 2006b). En su conjunto, estas maniobras retóricas –la intensa crítica y segregación de los disidentes, la imputación de neurosis a los mismos, y la conceptualización de la diferencia teórica como producto de resistencias subjetivas, entre otras- ubican al psicoanálisis no como sistema de pensamiento con raíces históricas y sociales concretas y atravesado por luchas políticas, sino, como ha notado críticamente Ben-Plotkin (2003),

como producto de la lucha de un genio aislado (su creador) que combatía simultáneamente contra las fuerzas opuestas por enemigos externos (las resistencias que ‘la sociedad’ opone por definición al desarrollo de la ‘verdad psicoanalítica), e internas (los ‘herejes, quintacolumnistas dentro del propio movimiento). (pág. 457)

### **Los enfrentamientos entre Freud y Jung desde las fuentes epistolares**

Con los fines de evitar las reconstrucciones pre-interpretadas de la controversia, provenientes de manuales de historia o de partes interesadas, se requiere un análisis textual de las comunicaciones personales de los autores durante el desarrollo de su desencuentro. Y es precisamente en contra de algunas de aquellas reconstrucciones (Glover, 1950; Jones, 1954) que hallamos en estos análisis textuales que las causas que clásicamente se atribuyen a la ruptura (la innovación jungiana en torno a la libido) habían sido declaradas explícitamente por el propio Jung hacia 1906, cuando ambos autores comenzarían su amistad. Los desacuerdos teóricos de Jung, en este sentido, fueron temprana y explícitamente declarados en sus primeras exposiciones psicoanalíticas desde 1907 (Jung, 1909). Respecto de estas disidencias, Freud tuvo no sólo noticia sino un verdadero y ávido interés, y las sostendría como aceptables y necesarias hasta tan tarde como 1912, cuando diría a Jung que “con especial interés espero como es lógico su segundo trabajo sobre la libido, con las innovaciones con respecto al concepto de la misma [...] Se convencerá usted de que yo también sé escuchar, y admitir, o bien esperar hasta que veo algo más claramente” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 513). Por esto, como sugieren por separado Stepansky (1976) y Sulloway (1979), debe resituarse la controversia Freud-Jung en coordenadas por completo diversas, que expliquen sin contradicción el repentino deterioro de la relación privada y profesional hacia 1912.

La hipótesis más sólida acerca de la tolerancia de Freud respecto de las disidencias claras y tempranas de Jung destaca el estratégico papel del psiquiatra suizo en la consolidación y difusión del incipiente movimiento psicoanalítico. La incidencia de factores políticos, sociales y hasta religiosos en la relación de Freud y Jung se evidencia en los términos de aquel en una reunión en el segundo

Congreso Internacional de Psicoanálisis en 1910, donde sus seguidores protestaban ante la elección de Jung como presidente de la I.P.A.:

La mayoría de ustedes son judíos, y por lo tanto son incompetentes para ganar amigos para la nueva enseñanza. Los judíos deben conformarse con el modesto rol de allanar el camino. Es absolutamente esencial que yo forme lazos con el mundo de la ciencia general. Yo estoy adentrado en años, y estoy cansado de ser atacado constantemente. Todos estamos en peligro [...] Los suizos nos salvarán—me salvarán a mí, y también a todos ustedes. (Wittels, 1924, pág. 140, citado en Stepansky, 1976, pág. 238)

La importancia estratégica de Jung y de los suizos para la supervivencia del psicoanálisis había sido declarada ya por Freud años antes, cuando en mayo de 1908 le confesaba a Karl Abraham -uno de sus más estrictos seguidores- que fue “sólo por su aparición [la de Jung] en la escena que el psicoanálisis escapó al peligro de convertirse en un asunto nacional judío” (Abraham & Freud, 1965, pág. 34). En alto contraste con esta necesidad imperativa hallamos, alrededor del período más complejo de la relación privada entre ambos hacia 1912, una intensa proliferación de interpretaciones clínicas y gestos psicoanalíticos emitidos por Freud y dirigidos hacia la persona de Jung. Esto se enmarca en la actitud más general e insistente de Freud de reducir explicativamente las teorías de Jung (al igual que las de Adler), y criticar por tanto las innovaciones del primero como innecesarias. En efecto, ante la primera carta en que Jung expone sistemáticamente sus puntos de vista divergentes en torno al carácter exclusivamente simbólico del tabú del incesto, Freud le responde (el 12 de mayo de 1913) que considera la innovación como regresiva y como excesivamente adleriana. Ante esto, Jung responde indignado que ha comprobado con tristeza “qué intensos motivos afectivos contrarios a mis propuestas se elevan en usted” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 521), reaccionando negativamente a ser comparado con Adler.

En esta misma respuesta fechada el 8 de junio de 1912, Jung menciona sus futuras conferencias para América, próximas a llevarse a cabo. Cuando Freud responde, negando estar comparándolo con Adler, también remarca al suizo de forma templada que sus interpretaciones respecto de los trabajos sobre el tabú del incesto y sobre la libido son erróneas. Cabe mencionar aquí que, efectivamente, Freud iguala a Jung con Adler, tanto en la correspondencia con Ferenczi (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, págs. 102, 167, 173) como en la correspondencia con Jones (Paskauskas, 2001, pág. 336) y con Abraham (Abraham & Freud, 1965, pág. 181), y ante lo cual sus discípulos adhieren fervientemente (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, págs. 117, 122, 208; Paskauskas, 2001, pág. 340).

Jung, ante esto —el 18 de julio- le responde en tono negativo que el acierto o no de Freud respecto de su juicio negativo sobre la innovación en el tema de la libido y del incesto hecha por Jung se dirimirá en “el éxito o fracaso de mis próximos trabajos” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 524). Freud, en comunicación con Ernest Jones el 22 de julio de 1912, interpreta esta esto como “una renuncia formal a nuestras hasta ahora amistosas relaciones. Lo siento, no tanto por motivos personales, sino por el futuro de la Verein [Asociación] y de la causa del psicoanálisis” (Paskauskas, 2001, pág. 194). Y ante Ferenczi, opinando sobre esta misma carta del suizo, dice que “Jung debe estar en plena neurosis. Sea cual fuere el desenlace final, mi propósito de reunir a judíos y cristianos al servicio del psicoanálisis por de pronto parece haber fracasado. Se separan como aceite y agua” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 100). Cabe recordar que los trabajos en

que Jung deposita su futuro se refieren a los estudios que compusieron su obra publicada en 1912 sobre el simbolismo y la libido, publicados en inglés cuatro años más tarde (Jung, 1916). Esta obra, como hemos dicho, halló en el medio psicoanalítico freudiano una recepción extremadamente hostil en tanto objeto de “la salva del *Zeitschrift*”, la cual Abraham, Jones y Ferenczi descargaron con intensidad a instancia de Freud.

Las conferencias en América durante septiembre de 1912 son otro punto de enfrentamiento en la controversia entre Freud y Jung, y el que precipita la ruptura. Las conferencias de Jung en la Fordham University serán tema de objeción de Freud, desaprobadas tanto en la correspondencia como en *Historia* (Freud, 2006, pág. 56). Al exponerle Jung un resumen de sus conferencias, dice a Freud el 11 de noviembre de 1912:

He expuesto también, naturalmente, mis puntos de vista, en parte divergentes con respecto a las opiniones hasta ahora mantenidas; me refiero especialmente a la teoría de la libido. He observado que mi concepción del psicoanálisis ganaba muchos amigos, los cuales dudaban hasta ahora frente al problema de la sexualidad en la neurosis. (pág. 527)

Sin embargo, Jung se apresura a sostener que tiene esperanza de que Freud acepte progresivamente sus innovaciones puesto que representan esfuerzos intelectuales que requieren un juicio objetivo. Jung sostiene que no identifica a Freud con un dogma: como lo hubiera referido en las propias conferencias en 1912 en Norteamérica, el suizo consideraba que sus reformulaciones no implicaban una división en el movimiento psicoanalítico, puesto que “dichos sismas sólo pueden existir en materia de fe. Pero el psicoanálisis está abocado al conocimiento y sus siempre cambiantes formulaciones” (Jung, 1915, pág. 2). (Freud, en correspondencia con Ferenczi el 8 de junio de 1913 diría que “ha oído que Jung explicó en América que el psicoanálisis no era una ciencia, sino una religión” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 195)). Sí, sin embargo, critica al neurólogo vienés en mutua correspondencia sus juicios ad hominem al sostener que no desea “ser considerado como un necio con complejos. Creo poseer motivos objetivos para mis concepciones” (pág. 527). La investigación historiográfica demuestra que la sospecha de Jung no está infundada: en múltiples ocasiones Ferenczi lo considera un místico incomprensible, un ocultista y un teopsicólogo, ante lo cual Freud adhiere (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 1993, págs. 182; 208; 226). En relación con esto último, y en una carta fechada el 12 de mayo de 1913, Ferenczi dice a Freud: “¡Atención!, he descubierto la función secreta del trabajo de Jung: no es más que su profesión de fe *ocultista*, encubierta y disfrazada de trabajo científico” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 189). Ante todas estas críticas, Freud concuerda con Ferenczi, y –más importante- alienta y colabora con argumentos críticos en la parte que corresponde a Ferenczi en “la salva del *Zeitschrift*”. Lo mismo sucede con Jones, quien en carta a Freud el 5 de diciembre de 1912 interpreta la obra de Jung en lo diferente a Freud como el producto de una rebelión infantil y no como una legítima disidencia teórica:

El mundo tiembla de miedo porque el *böse Vater* [malvado padre] ha descubierto sus pensamientos secretos, sus deseos de incesto y su sexualidad infantil. Pero el caballeroso san Jorge aparece y tranquiliza al mundo. “Continuad con vuestra sexualidad infantil, que no es sexual, y con vuestros deseos de incesto, que no son incestuosos” [...]. (Paskauskas, 2001, pág. 231)

Respecto a las conferencias que Jung dictaría meses después en Nueva York, Jones comenta que en ellas “una vez más uno ve aquí el efecto de sus experiencias parafrénicas, y la falta de sentido de lo real” (Paskauskas, 2001, pág. 265). La prestancia con que el neurólogo vienés acepta estas críticas es, cuanto menos, paradójica, puesto que había sido el mismo Freud quien empujara a Jung a incursionar en simbología mitológica desde 1909, época a partir de la cual se había mostrado muy satisfecho con los progresos del suizo en estos campos esotéricos (Stepansky, 1976; McGuire & Sauerländer, 2012). La paradoja de las críticas al misticismo jungiano se intensifica al considerar que el misticismo (judío, en este caso) constituyó el trasfondo intelectual del psicoanálisis freudiano (Bakan, 1958; Homans, 1989). Debe remarcarse, a la vez, que como muestran estas citas, las críticas de Jones, Ferenczi y otros a la obra de Jung (1916) no se ciernen tanto al contenido de la obra –como suele hacerlo una crítica científica– sino al hecho mismo de que discrepa en ciertos puntos con la ortodoxia freudiana. Junto a esto, las críticas no se estructuran a través de argumentaciones sino mediante interpretaciones analíticas. Aún más, el hecho de que un análisis objetivo de la obra de Jung no muestra rupturas violentas o repentinas con Freud sino discrepancias empíricas (Stepansky, 1976) reforzaría, entre otras, la hipótesis de múltiples sociólogos de la ciencia respecto a la estructura parcialmente irracional, ideológica y política de las controversias en ciencia (Collins, 1981; Shapin & Schaffer, 1985).

Coincidentemente, alrededor de esta época (noviembre de 1912) Freud organiza la nueva revista (el *Zeitschrift*) como órgano oficial de la I.P.A. (como consecuencia de que el anterior órgano de la asociación, el *Zentralblatt*, virase de la mano de Wilhelm Stekel hacia ideas divergentes respecto de las del neurólogo vienés). “En la crisis actual quiero, sobre todo, alejar cualquier peligro que amenaza la existencia de nuestros órganos de prensa” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 149), sostenía Freud ante Ferenczi en diciembre de 1912, consciente de la importancia de la difusión oficial y unificada del psicoanálisis para la supervivencia de la naciente disciplina. Para reforzar la dimensión estratégica de los órganos de difusión del psicoanálisis, cabe recordar que respecto del *Zentralblatt* (y cuando se mostraba aún una revista *leal*), Freud había sostenido el 2 de octubre de 1912 a Ferenczi:

Como Jung se servirá del *Jahrbuch* para su representación, yo convertiré al *Zentralblatt* en mi órgano. El *Zentralblatt* tiene el deber de comentar todas las publicaciones [...] A partir de ahora, quiero inspirar yo mismo estas reseñas, sin embargo, no podré escribirlas, de modo que elegiré, para firmar mis opiniones, entre algunos que no tenga inconveniente. (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 110)

Es en este marco que Freud ofrece a Jung un cargo como colaborador en el nuevo *Zeitschrift*, aunque es obvio, ante la frase arriba citada, que el ofrecimiento es principalmente un formalismo. Jung se niega aduciendo la profunda desautorización de Freud respecto de sus propias innovaciones y, por tanto, el escaso agrado que podrían provocar sus colaboraciones. Probablemente por esta imputación explícita de Jung sobre el desagrado de Freud, éste responde el 29 de noviembre de 1912. Entre otras cosas, Freud reduce irónicamente la obra de Jung al decir que “usted ha resuelto el enigma de toda mística, que se basa en el aprovechamiento simbólico de los complejos puestos fuera de servicio” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 534). La respuesta de Jung no se hace esperar, constituyendo probablemente la carta más directa y explícita del psiquiatra suizo. El 3

de diciembre de 1912 Jung espeta a Freud la fijación que este tiene con respecto a la neurosis, a la vez que sostiene que Freud desprecia en gran medida su trabajo. En contra de este desprecio (que en función de lo que sostiene Freud en otras cartas y en las alusiones a Jung mismo, existe más allá de la percepción del psiquiatra suizo), Jung exige ser evaluado intelectualmente, y no en función de la “escala de neurosis” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 536), ni en los términos adlerianos de afán de dominio, ni en los propios términos freudianos de complejo paterno. Jung critica fuertemente la tendencia de los psicoanalistas, entre ellos Freud –por demás comprobada, como se ha apuntado ya aquí y en otros lugares (Gruengard, 1998)- de criticar las propuestas teóricas divergentes en términos de evaluaciones psicoanalíticas respecto de la personalidad del autor. En los términos de Jung, “una gran parte de los psicoanalistas hace mal uso del psicoanálisis con el fin de devaluar a otros y a sus progresos mediante las consabidas insinuaciones de complejos (¿como si, por otra parte, ello explicase algo! Lamentable teoría).” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 536) Pasa luego a comunicar a Freud que ha oído que su propia propuesta psicológica (la de Jung) es producto de su erotismo anal.

La respuesta inmediata de Freud, aunque no asume como propias las críticas que Jung le dirige, sí le indica que “se ocupe más celosamente de la propia neurosis que de la del prójimo” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 538). Contradiciendo su propia defensa acerca de interpretar las disidencias en términos de neurosis, Freud reconocería medio año después a Ferenczi el 8 de junio de 1913 que el tono arrogante de Jung y de los disidentes era “motivo suficiente para que nosotros les ‘tratemos’ como pacientes” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 195).

Hacia diciembre de 1912 Freud insta a Jung a publicar su crítica sobre la obra de Adler, para desde el punto de vista político poner “fin a las expectativas que se expresan aquí en voz alta, acerca de que viraría usted hacia él” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 542-543). Estas expectativas dubitativas acerca de una posible alianza entre Adler y Jung pertenecen especialmente a Freud y al Comité Secreto, quienes les dan voz reiteradas veces: Ferenczi por ejemplo, insiste en la semejanza entre las posturas de Adler y de Jung (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 173), y eventualmente Freud da la razón a Ferenczi. Al respecto, en una carta del 17 de febrero de 1913, Freud interpreta de una carta de Jung que Ferenczi le filtra, la “confesión de que su oposición servía para poner a prueba neuróticamente mi fuerza y mi amor y de que fracasó en este propósito” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 173).

La respuesta de Jung a la petición política de Freud, el 11 de diciembre de 1912, contiene una frase que Freud concibe como un lapsus de escritura y que, a pesar de la opinión de Jung acerca de la interpretación psicoanalítica entre colegas, el neurólogo vienés remarca en términos clínicos. Nuevamente, Jung responde con una carta en que acusa a Freud de tratar a sus alumnos y discípulos como pacientes, creando así “hijos esclavizados o descarados granujas (Adler-Stekel y toda la desvergonzada banda que se extiende por Viena)” (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 545). Jung critica duramente este paternalismo de Freud (que el mismo Freud había reconocido y declarado como explícito hacia el comienzo y en lo tocante a su relación con Jung) y sostiene que no se considera un neurótico.

El descontento de Jung por la actitud freudiana respecto de sus innovaciones y de las de los demás psicoanalistas se condensa en una frase que le dirige en una carta el 18 de diciembre de 1912:

Cuando usted mismo se haya liberado completamente de complejos y no juegue ya a hacer de padre con sus hijos, a cuyos puntos flacos apunta usted constantemente, y se preste usted alguna vez atención a sí mismo, entonces aceptaré extirpar mi pecaminosa falta de unidad conmigo mismo frente a usted de una vez para siempre. (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 545)

La cuestión aludida por Jung –la reducción de los desacuerdos teóricos a conflictos afectivos o relaciones parentales– es parte de una actitud más general de Freud respecto de las disidencias, las que como sostiene Klappenbach (2006), “fueron interpretadas por problemas de resistencias que representaban expresiones de rebelión infantil contra la figura paterna” (pág. 12). En el mismo sentido, la agresión de la cita de Jung es respuesta a esta maniobra retórica, que lo retrata como “tratando de cambiar la teoría freudiana sólo porque aún no había superado su rebelión edípica contra su propio padre” (Gruengard, 1998, pág. 259). Esta tendencia alarmante hacia la argumentación ad hominem que Freud tenía respecto de sus disidentes (tendencia implícita al comunicarse con el disidente en cuestión pero explícita y directa al comunicarla a los demás miembros del círculo psicoanalítico) fue recibida de forma directa y sin mediación crítica por la tradición historiográfica elaborada por Ernest Jones, y en general por toda la teoría psicoanalítica. En efecto, Jones justificó los disensos por el hecho de que “ninguno de los otros pioneros llegó a conocer gran cosa de su propio inconsciente” (Jones, 1976, tomo 2, p.140, citado en Klappenbach, 2006, pág. 12).

Una primera versión –no enviada– de la respuesta de Freud a la carta de Jung del 18 de diciembre muestra que habría hecho caso omiso a las imputaciones del psiquiatra vienés. Esta carta de archivo, fechada el 22 de diciembre de 1912 y nunca enviada, desmiente cortésmente la acusación de Jung. En efecto, Freud se disculpa de su actitud, aunque reconoce que sólo estaría observando lo evidente. Sobre este borrador, Freud explica a Jones el 26 de diciembre de 1912:

Elaboré una respuesta muy suave pero no la envié. Podría haber tomado una reacción dócil como signo de cobardía y creerse aún más importante. [...] Por ello he decidido no contestar en absoluto y estoy tentado de romper todo tipo de relaciones privadas con él. (Paskauskas, 2001, pág. 238)

Es interesante cotejar este borrador del archivo de Freud con la carta efectivamente enviada el 3 de enero de 1913 a Jung. La primera mitad de la carta enviada reproduce casi idénticamente el contenido de la primera. Sin embargo, la segunda parte comienza abruptamente con la acusación explícita a Jung de neurótico sin conciencia de su enfermedad. Finalmente, Freud propone el cese de relaciones privadas, y en una frase que ya es célebre, reconoce que no pierde con este cese nada más que la larga cadena de frustraciones a las que Jung lo ha sometido. Jung es sintético en su respuesta del 6 de enero de 1913: reconoce que no impondrá su amistad, y acepta el cese de relaciones. Este desencuentro, según Freud en correspondencia con Jones, comprende “el mismo mecanismo e idénticas reacciones que en el caso de Adler” (Paskauskas, 2001, pág. 238).

### **El fin de la relación privada, el IV Congreso de Psicoanálisis Internacional y la dimisión de Jung a la I.P.A.**

La correspondencia entre Freud y Jung comienza a menguar dramáticamente a partir de aquí. Es interesante notar que Freud le comunica a Jung a fines de enero de 1913 que un redactor anónimo (Ferenczi, en realidad) publicará una crítica sobre el trabajo de Jung acerca de la libido (McGuire

& Sauerländer, 2012, pág. 551). Jung, presintiendo los acontecimientos ya en marcha y en su contra, reconoce que no se hace ilusiones con las críticas de su trabajo dado que lo consideran como un aprendiz (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 552).

Entre febrero y julio las escasas comunicaciones entre los dos autores giran sobre todo en torno a la organización del IV Congreso de Psicoanálisis Internacional, proyectado para septiembre. Freud continúa con la crítica subrepticia a Jung, esta vez en una publicación menor (Freud, 2006c) donde no nombra al psiquiatra suizo pero ataca los puntos de vista del grupo de Zurich. Jung, sin embargo y tomando conocimiento del ensayo, comunica por privado a Freud que su crítica no es justa, y expone las correcciones que considera necesarias a la apreciación del neurólogo vienés (McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 558).

Entre esta comunicación del 29 de julio de 1913 y la que anunciaría la dimisión de Jung a la I.P.A. el 20 de abril de 1914 se sucede el IV Congreso de Psicoanálisis Internacional el 7 y 8 de septiembre en Munich. La historiografía psicoanalítica, con Freud en sus fundamentos, ha sostenido en general el comportamiento inadecuado y errático –rayano a lo bizarro– de Jung en este congreso. En términos de Freud, dicho congreso “fue presidido por Jung de manera descomedida e incorrecta; se limitó el tiempo a los expositores, los debates predominaron sobre las comunicaciones” (Freud, 2006, pág. 44). Un tanto semejante haría Jones con su biografía intelectual de Freud al relatar el acontecimiento, reproduciendo de forma errónea los resultados de la votación (Jones, 1954; McGuire & Sauerländer, 2012, pág. 570).

Sin embargo, y contra esta interpretación oficial narrada en *Historia*, otras fuentes que describen el congreso proporcionan una perspectiva diferente y difícilmente complementaria. Ya el 8 de agosto de 1912, Freud cuenta a Ferenczi que Jung le ha propuesto permitir un espacio en el congreso para discutir “opiniones discrepantes” (Brabant, Falzeder, & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 102). Ante esto, dice Freud –acerca de una carta enviada a Jung que no fue hallada en los archivos de su correspondencia mutua–: “Dije que el derecho a discrepar se sobrentendía, pero que si la discrepancia llegaba tan lejos como en Adler (suprimir el inconsciente, la represión, la sexualidad infantil), no parecía tener mucho sentido navegar bajo el mismo pabellón” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 102). En correspondencia con Ferenczi el 3 de agosto de 1913, Freud reconoce que a instancia de Jung y de Adler ha decidido exponer en el congreso, “aunque no me gusta la libertad de discusión introducida por Jung. Me temo que el Congreso nos deje más duramente enfrentados de lo que era nuestro propósito” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 1993, pág. 207). Es evidente que el verdadero descontento expresado por Freud en *Historia* no refiere tanto a la conducción del congreso por parte de Jung sino el espacio abierto por este para debatir y, por tanto, permitir evidenciar las divergencias teóricas entre los autores. Este descontento es compartido por otros, entre ellos Ferenczi, quien reconoce ante la institución de debates, “en el Congreso será inevitable que aclaremos nuestra posición respecto a las doctrinas de Jung. Las conferencias de Rank, Jones y mía estarán llenas de observaciones críticas sobre Jung” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 1993, pág. 209).

Debe considerarse, adicionalmente, que otra reconstrucción tergiversada de un encuentro científico ya había sido descrita en el texto centenario, y que arroja luz sobre la faz política de *Historia*. Allí, Freud describe cómo habría comunicado su teoría acerca de la sexualidad infantil en un congreso

de neurólogos y donde, según el propio autor, habría sido puesto en ridículo, aislado y criticado como una forma de resistencia a la verdad que comunicaba. Este punto concreto de la tradición historiográfica del psicoanálisis fue investigado por ciertos historiadores de la ciencia y refutado en base a las actas y archivos disponibles (Ellenberger, 1976; Sulloway, 1979).

Sin embargo, y en lo que respecta al IV Congreso Internacional, es clave la posición adoptada por Freud luego de que se expresaran públicamente las disidencias teóricas. Inmediatamente finalizado el Congreso y en vacaciones, Freud envía a Abraham el 13 de septiembre una postal del Arco de Tito (Tito era el comandante romano que venció repetidamente a los judíos durante la primera guerra Judeo-Romana). Junto a la postal, Freud escribe “¡El Judío *lo* ha sobrevivido! ¡Saludos cordiales y Coraggio Casimiro!” (Abraham & Freud, 1965, pág. 193. *Itálicas propias*). Tal como describe Homans (1989, pág. 38), este mensaje, a la vez que remarca la importancia que tuvo y tendría la comunidad religiosa entre Freud y Abraham (en directa oposición con la disidencia religiosa entre Freud y Jung), alude las connotaciones y dimensiones políticas, estratégicas y hasta bélicas del Congreso que acababa de finalizar, representadas por la figura del comandante romano en combate contra los judíos. En un tono menos alegre, en correspondencia con Alphonse Maeder (colega suizo de Jung), el 21 de septiembre de 1913 Freud critica la ineptitud de Jung al manejar el congreso precisamente en términos de la apertura al debate y a la discusión teórica. Al pronosticar que Maeder, luego del quiebre que se avecina, se marchará con Jung, Freud comenta que “Si se sentirá cómodo en el laberinto de lo místico, donde Jung dirige, yo no lo sé. Ya no creo en su buena fe” (Shamdasani, 2003, pág. 52).

Un mes después, el 27 de octubre de 1913, y enterado de la pérdida total de confianza de Freud a través de Maeder, Jung escribe al neurólogo vienés que este ha imposibilitado cualquier colaboración ulterior. Así, renuncia a la redacción del *Jahrbuch*. Sin embargo, permanece hasta el 20 de abril de 1914 como presidente de la I.P.A. Como ya se describió arriba, entre octubre de 1913 y abril de 1914 ven a la luz en los diversos órganos de difusión psicoanalíticos las críticas de Abraham, Ferenczi y Jones de la obra de Jung –que, también como hemos descrito, primero fueron revisadas y, en algunos casos ampliadas, por Freud–. La violencia de las críticas, denominada informalmente como “la salva del *Zeitschrift*”, junto con la amplitud del frente de los opositores, lleva a Jung a dimitir ante la percatación del fuerte rechazo de sus propuestas teóricas (Weisz, 1975; McGuire & Sauerländer, 2012).

Jung fue reemplazado como presidente de la I.P.A. por Karl Abraham –freudiano ortodoxo–, ante designación de Freud mismo, y el volumen VI del *Jahrbuch*, publicado en julio de 1914 tuvo como aportes freudianos *Introducción al Narcisismo e Historia del movimiento psicoanalítico*. Esta última, una declaración programática de los principios freudianos inapelables que como hemos demostrado tuvo un propósito político e institucional más que teórico, fue calificada por Freud como “la bomba del *Jahrbuch*” y, como sospechó en una ocasión, no cumplió con su objetivo de mover a Jung a la renuncia, puesto que para la fecha de publicación, Jung había dimitido hacía tres meses. En junio de 1914, Freud reconocía a Ferenczi que

fuera de Viena la bomba todavía no ha tenido repercusiones. Aquí hay unos pocos entusiasmados, frente a otros que opinan cada vez con más vehemencia que es demasiado severo, y uno se puede imaginar lo que pensará alguna otra gente. [...] Me he desahogado una vez –ha valido la pena-

espero la solución de la relación insostenible con los zuriqueses. (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 2001, pág. 274)

En efecto, el desahogo de Freud que representó *Historia* efectivamente fue la solución a la cuestión que representaba la relación con los suizos. Ante la publicación del ensayo, el grupo de Zurich votó el 10 de julio la separación respecto de la I.P.A., cortando definitivamente los lazos con el psicoanálisis de Viena. Un mes antes del desenlace final entre Zurich y Viena, Freud graciously describía a Jung en correspondencia con Jones:

Es inevitable que siga su camino, que lleve a cabo su misión, que elabore sus impresiones y que llegue a la personificación de algunas de las resistencias que el psicoanálisis está destinado a encontrarse en su trayectoria. [...] Ya ve que ha encontrado a otro judío [Henri Bergson] para su complejo paterno. Ya no tengo envidia. (Paskauskas, 2001, págs. 342-343).

### Conclusiones

Las relaciones entre Freud y Jung, y entre ambos y el movimiento psicoanalítico, fueron amplia y evidentemente problemáticas. La relación personal y profesional comenzó como una relación formal, evolucionando hacia un tutelaje paternalista ejercido por Freud y motivado por hallar un heredero, continuador oficial y salvaguarda del psicoanálisis ante el emergente antisemitismo. Hacia el final es patente la independización teórica por parte de Jung. Esta independización se evidenció en una serie de digresiones tales que Freud consideró necesario expulsar a Jung del psicoanálisis oficial y distinguir las ideas del suizo de las suyas propias. El desengaño de Freud respecto de Jung, a quien consideró desde un comienzo como su heredero y, de forma figurada, como hijo, se tiñó pronto de intensas emociones, lo que se evidencia por el tono de la correspondencia analizada. A la vez, encontramos en Freud –y en menor medida, en Jung– una constante tendencia –negada por el primero cuando acusado por el segundo, pero admitida a Jones y Ferenczi por separado– a considerar a Jung como un paciente neurótico y a atribuir sus producciones teóricas a circunstancias personales, leídas desde la perspectiva psicoanalítica freudiana.

Sin embargo, el valor específico del análisis de la controversia Freud-Jung para la historia de la psicología no reside en un análisis de los motivos personales de los autores o en una recolección de anécdotas. Por el contrario, puede hablarse de aporte a la historia si se aborda la controversia de forma crítica y metodológicamente rigurosa, con fines de refutar reinterpretaciones interesadas y de maximizar la veracidad del relato histórico. Esto se realizó en este trabajo, en línea con la historiografía crítica en psicología (Woodward, 1980; Danziger, 1984), desde un análisis de fuentes primarias y en cotejo constante con las versiones oficiales o clásicas de la controversia, ofrecidas por la tradición historiográfica iniciada por Ernest Jones. En este sentido, el trabajo demuestra, contra ciertas reconstrucciones clásicas (Jones, 1954; Glover, 1950) y contemporáneas (Davis, 2008) de la controversia entre los dos autores, que su separación última no puede reducirse a una disidencia teórica en torno a los conceptos de libido o de sexualidad infantil. Respecto del segundo concepto, se describió en el trabajo el hecho de que desde 1906 Jung remarcó en sus obras aquello que no compartía del pansexualismo freudiano. Respecto de la cuestión de la libido y sus símbolos, hemos visto que habría sido el propio Freud quien instara a Jung a incursionar en la mitología, y aún más, se evidencia que este habría aprobado los desarrollos jungianos de

alrededor de 1910, los cuales casi sin alteraciones se verterían a su obra de 1912 (Jung, 1916). En su conjunto, la historiografía clásica del psicoanálisis ubica esta situación como la causa de la ruptura. El contenido de la correspondencia analizada demuestra lo contrario. En términos de Stepansky (1976), “el uso teórico que hace Jung con su modelo ‘energético’ de la libido es en sí mismo ordinario [unexceptional], y difícilmente presagia la ‘resistencia’ emocional al descubrimiento del psicoanálisis que Freud pronto notaría” (pág. 230).

Por esto no puede reducirse el conflicto de los autores a cuestiones teóricas sin caer en contradicciones y malentendidos. Es en el contexto de las problemáticas personales, pero sobre todo en el contexto de los inicios institucionales del psicoanálisis y de los conflictos políticos en torno a su legitimación, que entendemos la controversia Freud-Jung y el texto que cumple cien años de publicación. Es en este contexto específico que toma forma y se confecciona *Historia*. Un texto que el propio Freud reconoció como subjetivo y como un ajuste de cuentas con Adler y con Jung, su función teórica ha sido contrapuesta con su función política e institucional. Piedra fundacional de la tradición historiográfica clásica en psicoanálisis iniciada por Ernest Jones, su contenido no está librado de ciertas distorsiones. En calidad de tales se ha desarrollado en este trabajo el retrato que Freud hace de Jung como conductor errático del IV Congreso Psicoanalítico Internacional, como también las razones aludidas por las que dicho congreso no fue apreciado por los expositores y participantes, y la identificación de la obra de Jung con la teología y la astronomía con un interés deslegitimador. Otros puntos del ensayo no abordados en este trabajo, como el relato de Freud acerca de la supuesta ridiculización de que fue objeto en el Congreso de la asociación médica de Viena en 1896, han demostrado ser también son construcciones míticas o retóricas reiteradas por Ernest Jones en su obra.

Los puntos analizados en el presente trabajo, específicamente, parecen confirmar así la hipótesis de que la controversia, además de disensos teóricos, “también reflejó diferencias culturales, profundizadas por creencias acerca de dichas diferencias. Reflejó, sobre todo, la lucha política dentro del movimiento psicoanalítico y entre el movimiento y sus oponentes y enemigos en la pelea por reconocimiento” (Gruengard, 1998, pág. 256). Como resultado de la investigación, se concluye también que la controversia no consistió exactamente en una ruptura clara y definida sino, más bien, en un paulatino alejamiento por parte de Jung respecto de Freud, como decantamiento necesario de las disidencias teóricas que el suizo explicitó desde el comienzo de la relación privada con el neurólogo vienés.

El presente estudio de la controversia Freud-Jung a partir de las correspondencias y de las circulares del denominado Comité Secreto se dirigió en el sentido de problematizar y evaluar ciertos puntos de la tradición historiográfica del psicoanálisis en lo que comparte con toda historiografía institucionalizada: su faz legitimadora y reproductora de mitos e imprecisiones. Así, hallamos en términos generales un evidente y sistematizado intento por parte del núcleo del psicoanálisis de aunar fuerzas en contra de Jung. A partir de las mordaces críticas a las obras de Jung publicadas en revistas oficiales y organizadas (a veces incluso redactadas) por Freud, como también a partir de la segregación informal y del filtrado de cartas privadas del autor suizo en el Comité secreto, se arriba a la desautorización y segregación completas. Junto a esto, debe destacarse la patologización de toda disidencia, donde los detractores son neuróticos que aún no ceden sus resistencias.

Junto a estos movimientos de índole ideológica, cobra relevancia historiográfica la faz política y estratégica de los órganos de difusión psicoanalíticos (en desmedro de la faz científica o crítica): faz que se evidencia tanto por la importancia que se les otorga, como por las luchas libradas en torno a ellos y la urgencia que representa ocupar los puestos jerárquicos de dichos órganos con seguidores fieles. Ante el peligro que representa la existencia y difusión de opiniones contrarias (de las cuales las de Jung eran sólo algunas), hallamos tanto a Freud como a Ferenczi, Jones y Abraham expresándose reiteradas veces en términos bélicos: el psicoanálisis es una causa por la que debe lucharse (en revistas y congresos), por la que deben desplegarse tropas (artículos tales como la *salva* y la *bomba*) y por la que deben resistirse las hostilidades irracionales (los disensos e innovaciones, a menudo defendidos de forma ordenada y respetuosa). Jung es, en este marco bélico y ante los ojos de Freud y su Comité, la figura que más amenaza al incipiente movimiento psicoanalítico.

Hemos comprobado en este trabajo que los argumentos ad hominem constituyeron un componente esencial de esta desautorización sistemática al psiquiatra suizo. Ferenczi, Jones, Abraham y especialmente Freud califican a Jung como neurótico, enfermo y acomplejado. Como consecuencia necesaria de esta actitud, los psicoanalistas aludidos reducen la teoría de Jung en su conjunto a una formación reactiva (o afectiva) completamente subjetiva y, por tanto, impropia del cientificismo que los psicoanalistas se atribuían a ellos mismos.

El actual trabajo y el tipo de indagación de que se sirve pretende evidenciar la faz política del texto cuyo centenario se celebra, al incluir en su análisis los intereses intelectuales de los protagonistas de la controversia y de aquellos involucrados directamente. Esta faz política y estratégica se evidencia quizá más claramente en el decir de Freud respecto de la propia lucha entre Adler y Jung: “No nos viene mal que el águila [Adler en el original alemán] y el aguilucho se den picotazos el uno a otro” (Brabant, Falzeder & Giampieri-Deutsch, 1993, pág. 210).

Esta faz política (que en una proporción controlada es parte inherente de la ciencia) podría obviarse o invisibilizarse si se realizara una lectura puramente teórica de *Historia*, o si se reemplazara su lectura crítica por la lectura de la reconstrucción historiográfica realizada por Ernest Jones, por ejemplo. En otras palabras, la invisibilización de la faz pragmática y política de *Historia* podría suceder al no profundizar en las circunstancias culturales e institucionales mayores (ya no meramente personales) que enfrentaron a Jung y Freud: dos autores tan deudores de su momento y lugar históricos como todas las demás figuras y tradiciones del pensamiento psicológico. El análisis contextualizado que implicó el presente trabajo demuestra que, desde su concepción, *Historia* tuvo como propósito la circunscripción definitiva del psicoanálisis freudiano y la expulsión formal de los disidentes, más que la exposición teórica. En términos del propio Freud, la importancia del ensayo aludido radicaría en que, al aparecer publicado, “cortará definitivamente todas las conexiones entre nosotros [entre el grupo de Viena y el grupo de Zurich]” (Paskauskas, 2001, pág. 303).

Las tradiciones historiográficas, como han remarcado lúcidamente Ash (1983) y Klappenbach (2006), comportan intereses, mitos y maniobras legitimadoras. Implican mecanismos de socialización para los iniciados en la disciplina. Aunque Ernest Jones parecía consciente de esto al considerar que el texto de Freud “hará historia, además de ser histórico” (Paskauskas, 2001, pág. 317), no parece haber escapado sin embargo a las tendencias distorsionantes de las clásicas reconstrucciones históricas en psicología. Estas tendencias, en parte, ya se hallaban presentes en *Historia*, según lo que hemos

desarrollado. El retrato histórico que muestra a Freud como un descubridor aislado víctima de un ostracismo irracional, que debió cortar lazos con Jung por el neuroticismo, misticismo y biologicismo de éste constituye, según lo expuesto en este trabajo, una de las maniobras retóricas y legitimadoras iniciadas por el propio Freud y sistematizadas por la tradición historiográfica que le siguió. Uno de los fines de estas maniobras, entre otros y de acuerdo a lo desarrollado en el presente trabajo, sería el permitir el desarrollo y difusión del psicoanálisis más allá de los circunscriptos territorios que lo vieron nacer, eliminando a su vez la posibilidad de atentado alguno contra la originalidad y el control total que Freud pretendía sobre el movimiento psicoanalítico. El centenario de *Historia del movimiento psicoanalítico*, piedra angular de toda una tradición historiográfica, es una ocasión más para abordar el ensayo freudiano, y la controversia que lo motorizó, de forma contextual y crítica: esto es, como exigía Young (1966), sin veneración o vituperio alguno.

### Referencias

- Abraham, H. C., & Freud, E. (1965). *A Psycho-Analytic Dialogue: The Letters of Sigmund Freud and Karl Abraham, 1907-1926*. Nueva York: Basic Books.
- Ash, M. (1983). The Self-Presentation of a Discipline: History of Psychology in the United States between Pedagogy and Scholarship. En L. Graham, W. LePencies, & P. Weingart, *Functions and Uses of Disciplinary Histories* (págs. 143-189). Dordrecht: Springer.
- Ash, M. (1993). Rhetoric, Society and the Historiography of Psychology. En H. Rappard, P. Van Strien, L. Mos, & W. Baker, *Annals of Theoretical Psychology, Vol. 8* (págs. 49-57). Nueva York: Plenum Press.
- Bakan, D. (1958). *Sigmund Freud and the Jewish Mystical Tradition*. Nueva York: D. Van Nostrand.
- Bem, S., & Looren de Jong, H. (2006). Sociology and Psychology of Science. En *Theoretical Issues in Psychology. An Introduction (2da Ed.)* (págs. 117-140). Londres: Sage.
- Ben Plotkin, M. (2003). El Psicoanálisis y sus Historias. *Psicoanálisis, Vol. XXV (2/3)*, 457-461.
- Brabant, E., Falzeder, E., & Giampieri-Deutsch, P. (1993). *The Correspondence of Sigmund Freud and Sándor Ferenczi: 1908-1914*. Cambridge: Harvard University Press.
- Brabant, E., Falzeder, E., & Giampieri-Deutsch, P. (2001). *Sigmund Freud - Sándor Ferenczi. Correspondencia completa. 1912-1914. Vol I.2*. Madrid: Síntesis.
- Bringmann, W., & Tweney, R. (1980). *Wundt Studies: A Centennial Collection*. Toronto: Hogrefe.
- Buss, A. (1979). *Psychology in Social Context*. Nueva York: Irvington.
- Buss, A. (1979). The Emerging Field of the Sociology of psychological knowledge. En *Psychology in Social Context* (págs. 1-24). Nueva York: Irvington.
- Collins, H. (1981). Knowledge and Controversy: Studies of Modern Natural Science. *Social Studies of Science, 11*, 3-10.
- Danziger, K. (1979). The Social Origins of Modern Psychology. En A. Buss (Ed.), *Psychology in Social Context* (págs. 27-45). Nueva York: Irvington.
- Danziger, K. (1980). On the threshold of the New Psychology: Situating Wundt and James. En W. Bringmann, & R. Tweney, *Wundt Studies: A Centennial Collection* (págs. 363-379). Toronto: Hogrefe.

- Danziger, K. (1984). Hacia un marco conceptual para una historización crítica de la psicología. *Revista de Historia de la Psicología*, 5(1-2), 99-107.
- Davis, D. (2008). Freud, Jung and Psychoanalysis. En P. Young-Eisendrath, & T. Dawson, *The Cambridge Companion to Jung* (págs. 39-55). Nueva York: Cambridge University Press.
- Ellenberger, H. (1976). *El Descubrimiento del Inconciente*. Madrid: Gredós.
- Esterson, A. (2002). The myth of Freud's ostracism by the medical community in 1896-1905: Jeffrey Masson's assault on truth. *History of Psychology*, 5(2), 115-134.
- Fernández, A. (2009). El Constructivismo Social en la Ciencia y la Tecnología: Las consecuencias no previstas de la ambivalencia epistemológica. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 185(738), 689-703.
- Freud, S. (2006). Contribución a la Historia del Movimiento Psicoanalítico. En *Obras Completas de Sigmund Freud. Tomo XIV* (págs. 2-64). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006b). Las Resistencias contra el Psicoanálisis. En *Obras Completas. Tomo XIX* (págs. 223-238). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006c). Un Sueño como Pieza Probatoria. En *Obras Completas. Tomo XII* (págs. 279-292). Buenos Aires: Amorrortu.
- Furumoto, L. (1989). The new history of psychology. En I. Cohen (Ed.), *The G. Stanley Hall Lecture Series (Vol. 9)* (págs. 5-34). Washington, D.C: APA.
- Glover, E. (1950). *Freud or Jung*. Nueva York: W. W. Norton.
- Gruengard, O. (1998). Introverted, Extroverted, and Perverted Controversy: Jung Against Freud. *Science in Context*, 11(2), 255-290.
- Homans, P. (1989). *The Ability to Mourn: Disillusionment and the Social Origins of Psychoanalysis*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Jones, E. (1954). *Life and Work of Sigmund Freud, Vol. II: The Years of Maturity*. Nueva York: Basic Books.
- Jones, E. (1956). *The Life and Work of Sigmund Freud: The Formative Years and the Great Discoveries*. Nueva York: Basic Books.
- Jung, C. G. (1909). *The Psychology of Dementia Praecox*. Nueva York: The Journal of Nervous and Mental Disease Publishing Co.
- Jung, C. G. (1915). *The Theory of Psychoanalysis*. Nueva York: Nervous and Mental Disease Publishing Co..
- Jung, C. G. (1916). *Psychology of the Unconscious: A study of the transformations and symbolisms of the libido*. Nueva York: Moffat, Yard and Co.
- Klappenbach, H. (2006). Construcción de Tradiciones Historiográficas en Psicología y Psicoanálisis. *Psicología em Estudo*, 11, 3-17.
- Klappenbach, H., & León, R. (2012). *Historia de la Psicología Iberoamericana en Autobiografías*. Lima: Editorial Universitaria Ricardo Palma.
- Malcolm, J. (2004). *En los Archivos Freud*. Buenos Aires: Alba.
- McGuire, W., & Sauerländer, W. (2012). *Sigmund Freud - Carl Gustav Jung. Correspondencia*. Madrid: Trotta.

- O'Donnell, J. (1979). The crisis of experimentalism in the 1920s: E. G. Boring and his uses of history. *American Psychologist*, 34(4), 289-295.
- Paskauskas, A. (1988). Freud's break with Jung: the crucial role of Ernest Jones. *Free Associations. Psychoanalysis, Groups, Politics, Culture*, 1, 7-34.
- Paskauskas, A. (2001). *Sigmund Freud - Ernest Jones. Correspondencia completa, 1908-1939*. Madrid: Síntesis.
- Rosa, A., Huertas, F., & Blanco, F. (1998). Haciendo historia para el futuro de la psicología. *Anuario de Psicología*, 29(1), 73-88.
- Samelson, F. (1974). History, Origin Myth and Ideology: 'Discovery of Social Psychology. *Journal for the Theory of Social Behavior*, 4(2), 217-232.
- Samelson, F. (1980). E.G. Boring and his History of Experimental Psychology. *American Psychologist*, 35(5), 467-470.
- Shamdasani, S. (2003). *Jung and the Making of Modern Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shapin, S., & Schaffer, S. (1985). *Leviathan and the Air-Pump*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Stepansky, P. (1976). The Empiricist as Rebel: Jung, Freud and the Burdens of Discipleship. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 12, 216-239.
- Sulloway, F. (1979). *Freud: Biologist of the Mind*. Nueva York: Basic Books.
- Sulloway, F. (1982). Freud and Biology: The Hidden Legacy. En W. Woodward, & M. Ash, *The Problematic Science: Psychology in Nineteenth-Century Thought* (págs. 198-227). Nueva York: Praeger.
- Sulloway, F. (1991). Reassessing Freud's Case Histories: The Social Construction of Psychoanalysis. *Isis*, 82, 245-275.
- Weisz, G. (1975). Scientists and Sectarians: The case of Psychoanalysis. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 11(4), 350-364.
- Wittels, F. (1924). *Sigmund Freud*. Nueva York: Dodd & Mead.
- Wittenberger, G., & Tögel, C. (2002). *Las circulares del "Comité Secreto". 1913-1920*. Madrid: Síntesis.
- Woodward, W. (1980). Toward a Critical Historiography of Psychology. En J. Brozek, & L. Pongratz, *Historiography of Modern Psychology* (págs. 29-67). Toronto: Hogrefe.
- Young, R. (1966). Scholarship and the History of the Behavioural Sciences. *History of Science*, 5, 1-51.